

Antídoto contra las pseudo-historiografías "de-post-constructivistas"

Rubén Soto Rivera

En viéndola, dijo Critilo:
--Ésta es la gustosa Historia.
Mas el varón alado:
--No es sino la maestra de la vida,
la vida de la fama,
la fama de la verdad
y la verdad de los hechos
(Baltasar Gracián, *El Criticón*, II, iv, 23-28).

Me propongo reseñar, desde mi perspectiva de lector culto, el libro *Historia, historiadores, posmodernos y otros demonios* (Puerto Rico: Museo Casa Roig, Editores Independientes Asociados, 2000), del Dr. José Manuel García Leduc. Dicho libro es una apología y, a la vez, un manifiesto de la historiografía como una disciplina humanística y arte liberal. La ocasión de su factura, en general, es la polémica contra la falsificación del oficio de historiador, que el posmodernismo pretende realizar, y la desesperada e infundada defensa de esa pretensión por parte de un epígono puertorriqueño del posmodernismo, quien tilda gratuitamente, en un artículo suyo, de "positivista hard-core" al catedrático historiador José M. García Leduc, del departamento de humanidades del Colegio Universitario de Humacao (UPR). Si algún mérito podría adscribirle al Dr. Carlos Pabón, sin duda es el haber conjurado, en el humanista García Leduc, todo su fino ingenio y vasta cultura, para que nos haya donado con su libro, un hito histórico en la reflexión filosófico-historiográfica de qué es el quehacer histórico en Puerto Rico y para qué sirve hoy. El haberle atribuido ese mérito al "posmoderno criollo" (como suele llamarlo García Leduc), intenta imitar la objetividad del catedrático historiador, ante los muy exigüos aciertos que su polemista ha mostrado en los escritos de aquel posmoderno, citados por García Leduc. La magnanimidad de éste, al refutar punto por punto los errores metodológicos y las imprecisiones de los marcos conceptuales de C. Pabón, so pretexto del mal uso del término "positivista" y de su indiscreción de caracterizarlo con el epíteto "hard-core", nace de su manifiesto dominio tanto de los autores citados por los ménades del posmodernismo, como de obras de ilustres historiadores del siglo veinte.

Enumeraré las falacias que García Leduc detecta y nombra explícitamente en las "historietas" posmodernas (p. 25) del antes mencionado autor criollo: 1) falacia de ambigüedad y reduccionismo (pp. 2-3, 38, 58), 2) paralogismo (p. 40). Hay otras dos falacias que, aunque el autor las señala sin nombrarlas por sus denominaciones, no obstante, son reconocibles para cualquier lector con conocimientos de lógica. Ésas son: 3) argumentum ad auctoritatem (pp. 134-135 [García Leduc alude también, en varias ocasiones, a esta falacia con la denominación de "vulgata posmoderna"]), 4) petitio principii o círculo vicioso (pp. 75, 120, 132). García Leduc muestra cómo del positivista fetichismo del documento algunos pseudo-historiadores han pasado al posmoderno fetichismo del lenguaje (p. 42). Los fetichistas del lenguaje quedan subsumidos en un "subjetivismo radical" y en una "ilusión o fantasía mística" (p. 43). Yo modificaría "mística" por "pseudo-mística", para darle el beneficio de la duda al verdadero místico en su oficio, quien estoy segurísimo de que protestaría si se le agrupase con los posmodernistas contra quienes García Leduc reacciona tan acertadamente.

La agudeza de ingenio del catedrático de historia del CUH es tan sutil, que hace gala de un volteriano sentido de la ironía. Prueba de esto es su reducción al absurdo de los postulados y conclusiones del posmoderno criollo y de los autores en los cuales éste se ha basado. Cito de García Leduc: "Lo paradójico es que ellos son los mismos que en sus teorías niegan la categoría de verdad, aunque en la práctica las enuncian y pretenden imponer como si lo fueran" (p. 26). Esta observación da pie para que realce el hecho de que Historia, historiadores, posmodernos y otros demonios replantea el viejo pero actual problema de qué es la verdad y qué, la falsedad. Este problema es tan viejo como la griega "Paradoja del Mentiroso", y tan actual como los capítulos tres: "Historia, realidad y verdad" y cuatro: "Historia y verdad", del antes mencionado libro. Otro ejemplo de finísima contraargumentación es éste:

Su apego militante a teorías como el linguistic turn, la llamada desconstrucción, el relativismo y, en ocasiones, un escepticismo radical, se encargará de erosionar el valor de su propia obra. Estos nada tienen que temer "a ninguna invasión extranjera" ni a las críticas de sus contrarios —positivistas hard-core, neopositivistas, empiristas, marxistas, annalistas y quienes no lo son--, sino a sus propios enunciados de negación que serán su caballo de Troya (p. 51).

Los humanistas recordarán que el caballo de Troya se introdujo en la ciudad amurallada de Ilión, debido especialmente a las mentiras de Sinón, espía griego adiestrado por Odiseo, quien antes le fabricó un caso de traición contra su envidiado Palamedes para terminar éste apedreado hasta morir. El posmoderno criollo es, mutatis mutandis, análogo a ese Sinón: un instrumento prescindible de mentes como las de los Odiseos-posmodernos citados por aquél. Sé que he exagerado gratuitamente la comparación en beneficio del Sinón posmoderno, pero recordemos que Virgilio cantará que de Eneas, Ascanio, y demás troyanos, sobrevivientes de la caída de Troya, resurgirá la nueva Ilión, Roma. Me tomo la libertad de referirme a dos obras de ficción, puesto que el comparado autor piensa en la ficcionalidad del discurso histórico. García Leduc combate el fuego con el fuego cuando asegura que:

En última instancia, si algunos de los posmodernos aludidos en Historia, historiadores, posmodernos y otros demonios encuentra ciertas ambigüedades en sus enunciados, sospecho que se sentirá a gusto pues se encuentra en terreno conocido. Ellos mismos son los que han hecho de la ambigüedad un principio o paradigma (p. iv).

La historia tiene sus ironías, y una de éstas es que el presunto "positivista hard-core" sabe más de posmodernismo, que el posmoderno criollo que lo tildó —añado como abogado del diablo-- ficcionalmente así. García Leduc reconoce los límites epistemológicos de su disciplina y admite que las tesis posmodernas al respecto se fundamentan en situaciones límites de la historia humana misma:

Algunos de los enunciados posmodernos son fundamentalmente hipérbolos o radicalizaciones de algunas de las condiciones que efectivamente limitan o dificultan a los individuos o seres humanos en sus múltiples y continuos afanes por relacionarse entre sí y conocer el mundo del que son parte.

Éstas son, ciertamente, limitaciones o dificultades y es indispensable reconocerlas como tales, pero no necesariamente hay que radicalizarlas y convertirlas en negaciones absolutas (pp. 80-81).

Otro caso de reducción al absurdo es cuando García Leduc dice que la interpretación que el historiador hace de su trabajo y de su disciplina merece igual consideración y respeto que las propuestas de desconstrucción porque tiene igual posibilidad de validez, si en última instancia todo es interpretación (pp. 130-131). El último caso de reducción al absurdo se ocupa de una tesis de Jorge Lozano (según la interpretación de García Leduc de la lectura del texto de Lozano por parte de Carlos Pabón), de que los acontecimientos históricos, como los hechos, son construcciones discursivas del historiador. El catedrático historiador contraargumenta que:

Sin embargo, si este enunciado se lleva a sus últimas consecuencias se puede hasta argumentar que el enunciado que afirme que Jorge Lozano nació en tal o cual lugar, día, mes y año, es una construcción mía que existe sólo en mi discurso o texto sin ningún referente real, o sea, el acontecimiento real de su nacimiento. Por lo tanto, resultaría que el enunciado sólo produce efectos de verdad y no la verdad y no la verdad del acontecimiento de que Jorge Lozano real y efectivamente nació, independientemente de lo que yo afirme en mi discurso o texto. Esto me parece —como mínimo—un absurdo sumamente difícil de digerir por el entendimiento humano (pp. 141-142).

La etiqueta o sambenito que le ha colgado el posmoderno criollo al catedrático de historia García Leduc, éste lo ha visualizado como una invitación a debatir posiciones e ideas sobre la historia y los historiadores, en las que evidentemente ambos no coinciden (p. 1). El acontecimiento de la publicación del ensayo "1898: construcción y desconstrucción", donde se le etiquetara de "positivista hard-core", es un hecho, cuya interpretación histórica se ha concretizado en este otro acontecimiento histórico, la publicación de Historia, historiadores, posmodernos y otros demonios, por parte del historiador motejado. García Leduc dice: "Así es que acepto el reto a debatir que me ha lanzado el Dr. Carlos Pabón al catalogarme de historiador positivista hard-core o empedernido; lo que no se conforma, evidentemente, con la percepción que tengo de mí mismo como historiador" (p. 2). El hecho de este acontecimiento

histórico en la academia puertorriqueña consiste en la delineación clara y distinta del oficio del historiador. Tras haber leído el libro de García Leduc pienso, entre otros muchos pensamientos pertinentes, que si yo fuera el posmoderno criollo refutado, entonces, a partir de la publicación de *Historia, historiadores, posmodernos* y otros demonios desearía, inconsecuentemente con mi profeso relativismo y con todo mi corazón, que la adjudicada tesis de Jorge Lozano y otros posmodernos, invocados en auxilio de mi particular interpretación, fuese inequívocamente verdadera, para que ese acontecimiento y su concomitante hecho no repercutieran en descrédito de mi reputación de doctor en historia. Pero ese libro nunca alcanza los estrechísimos límites de una vendetta, sino que se constituye en una crítica trascendental de la delineación de los límites interdisciplinarios de la historia y del rigor propio que la hace ser lo que es y no otra disciplina.

Ejemplos de la magnanimidad y honestidad intelectual de García Leduc es el usufructo confeso de trabajos inéditos del Dr. Carlos Rojas Osorio acerca de Michel Foucault, y el reconocimiento, en las notas finales, de las lecturas sugeridas por colegas como el Dr. Luis López Rojas y el Dr. Cruz Ortiz Cuadra. García Leduc no reniega de las aportaciones de filósofos, como Foucault, al ámbito de la historia, sino que está al tanto de las mismas y las usa en su justa perspectiva. Abundan los lugares donde en su libro reconoce la deuda contraída con el filósofo-historiador de la sexualidad y de la locura. Contrario al posmoderno criollo, el historiador naguabeño se muestra proclive de reconocer las aportaciones originales de otros colegas nativos en el ámbito de la historia; ejemplo de esto es el laudo del libro Luis Muñoz Marín y las estrategias del poder: 1936-1946 (San Juan: Isla Negra Editores, 1998), de L. López Rojas (p. 78), quien hace usufructo del concepto foucaultiano de microfísica del poder para explicar históricamente la implantación del programa muñocista de industrialización de Puerto Rico y la fundamentación populista de las bases del poder político en el marco del colonialismo norteamericano. Mientras que en la escuela historiográfica criolla posmoderna ha prevalecido una conspiración del silencio, la cátedra de historia del CUH, representada dignamente por el Dr. José Manuel García Leduc y otros colegas del mismo oficio, quienes han avalado dicha recomendación, ha justipreciado una perspectiva historiográfica, que sin lugar a dudas, será la prevaleciente en un futuro cercano, si, como sentenció el Dr. Fernando Picó, durante su ponencia "Hay que faltar el respeto" (en la última Asamblea Anual de Historiadores, celebrada en Barranquitas, pueblo natal de Luis Muñoz Rivera y Luis Muñoz Marín), hay que demitificar cierto pasado reconstruido y explicado en algunos libros de historia de Puerto Rico.

Puesto que el posmoderno criollo se creyó con la facultad de diagnosticar (erróneamente, por supuesto), que García Leduc padecía de "positivista hard-core", habrá de soportar que su paciente, quien es también doctor pero con más experiencia y cultura, no sólo corrija el diagnóstico, sino que diagnostique al posmoderno doctor cuál es el virus que le ha hecho creer que el catedrático de historia sufría de "positivismo hard-core". En *Historia, historiadores, posmodernos* y otros demonios hay anticuerpos contra el virus de la disolución y descomposición de la historia (pp. 5-6).

Hay una sección del capítulo 5: "El historiador: ¿ilusionista o prestidigitador?", la cual se titula: "La cura es peor que la enfermedad" (p. 151); yo la rephrasearía para que diga que el médico está peor que el paciente. En una nota final del capítulo uno, García Leduc dice: "En Puerto Rico algunos de los principales lugartenientes del posmodernismo, fueron anteriormente marxistas militantes en el Partido Socialista Puertorriqueño, entre ellos varios de los intelectuales que publican en la revista *Bordes*, que suscriben o simpatizan con las propuestas del grupo autodenominado *Estadistas radicales*" (p. 19, n. 17). El virus del que padece el posmoderno criollo et alii es el "antimarxismo viperino" (p. 7). El catedrático de historia sugiere que los-antes-marxistas-y-después-posmodernos eran entonces pseudomarxistas exponentes de un marxismo vulgar (p. 7). En sus *Apuntes para un historia breve de Puerto Rico (desde la prehistoria hasta 1868)* [Humacao, Puerto Rico:FONACUPO, 2000], el humanista del CUH confiesa en su "Prólogo" que:

Ciertamente, Don Eugenio Fernández Méndez no era un historiador marxista, mientras que yo aspiro a serlo en un momento cuando para algunos exponentes de la moda posmoderna el marxismo es anatema. Sin embargo, la influencia del marxismo sobre los historiadores —tanto marxistas como los no-marxistas—ha sido extraordinaria, lo que han reconocido historiadores seminales no-marxistas como Georges Duby y Michel Foucault, entre otros. Esto debido a que el marxismo ha aportado una de las teorías o reflexiones sobre la historia más adecuadas, coherentes y penetrantes, amén de haber suministrado muchos de los instrumentos conceptuales para el análisis histórico que los historiadores de hoy difícilmente pueden prescindir de ellos sin el riesgo de regresar a la mera crónica o a la distorsión

posmoderna, que reduce la historia a ficción literaria (p. ii).

Lectores acríticos y prejuiciados políticamente tal vez tildarán de "dogmática" dicha afiliación, pero si alguien es "escéptico" (en el sentido griego de la palabra, *skeptikós*, "investigador"), mas no dogmático, ése es García Leduc. No obstante, si alguien habría de motejarse de "dogmático", ése sería de quien aquél dice:

La reducción incurre en errores de hecho que aunque sospecho que el doctor Carlos Pabón conoce muy bien, como buen posmodernista, le importa poco o nada ignorarlos para catapultar su enunciado como una "verdad que no necesita probarse". Esto, a pesar de los reparos que él —como buen posmoderno—opone al concepto mismo de verdad (pp. 58-59).

García Leduc conjetura cuál sería la agenda ideológico-política de intelectuales con semejante línea de pensamiento historiográfico que el posmoderno criollo, cuando denuncia que: "En el caso de Puerto Rico tal eventualidad se insertaría felizmente en los proyectos políticos de ciertos sectores —cada vez más influyentes y poderosos—que promueven la anexión e integración a los Estados Unidos" (p. 121). Quizás —opino yo— ni tengan esta segunda agenda anexionista, ni sean estadistas radicales, ni democráticos radicales, sino que pretendan únicamente detentar burocráticamente un cargo de poder y un sueldo seguro para compensar cuasi nietzscheanamente algún resentimiento y circunvalar el puerto del ELA, a través de las aguas de esta COLONIA. Tal vez exagero radicalmente, pero me hago eco de las palabras de García Leduc, quien asevera que: "La historiografía no reconoce tal categoría y, cuando los que usufructan el poder intentan oficializar su interpretación de los acontecimientos, no encuentra en ella un aliado sino un decidido impugnador" (pp. 23-24). Por ejemplo, si los neonazis aducen que el Holocausto no ocurrió, sino que fue una invención de la propaganda judía, entonces el historiador debe impugnar objetivamente dicha distorsión historiográfica (p. 91).

Pasaré a trazar cuál es el oficio del historiador, según el libro reseñado. García Leduc presenta la opinión de algunos historiadores posmodernos que piensan que los archivos contienen muchas cosas interesantes, pero entre ellas no se encuentra la verdad (p. ii). Esta primera nota polémica ofrece la ocasión simpar para que el catedrático de historia afirme que:

Los historiadores tradicionales no asisten a los archivos para entretenerse buscando cosas interesantes pero carentes de veracidad. Estos asisten a los archivos confiados en que las huellas del pasado que allí guardan son la materia prima con la cual pueden construir una visión veraz de la parte del pasado que han decidido estudiar (p. ii).

Nuestro catedrático de historia se ufana de ser un historiador tradicional, quien no acredita como historiográfica una obra, sin antes corroborar la existencia de las fuentes primarias o archivísticas a que hace referencia y evaluar el uso que el autor hace de ellas (p. 23). El historiador no es un inventor, un falsario, o un cuentista (p. 26). Citas magistrales de E. P. Thompson, P. Ricouer y B. Russell, entre otros eminentes historiadores y filósofos, refuerzan los planteamientos definitorios de García Leduc para delinear una noción clara y distinta de la historia. Invito al lector ávido de esta información a que lea detenidamente Historia, historiadores, posmodernos y otros demonios. Sin embargo, citaré parcialmente unas palabras de Edward H. Carr, quien dice: "Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia, será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado" (p. 98).

A pesar de todas los problemas epistemológicos que cualquier filósofo de la historia o historiador reflexivo de su oficio pudieran suscitar ante el hecho de que hay historia, no obstante García Leduc reconoce que el historiador sabe que el pasado que estudia sí existió y que los documentos que éste produjo son sus huellas, que puede acceder y estudiar en el presente, aunque parcial, incompleta e imperfectamente (p. 143). Aunque parezca aclimático, concluiré con otra cita de Baltasar Gracián, a quien cité en el epígrafe de esta reseña. El crítico barroco sentencia que:

Veréis muchas maneras de historiadores: unos gramaticales, que no atienden sino al vocablo y a la colocación de las palabras, olvidándose del alma de la historia; otros cuestionarios, todo se les va en disputar y averiguar puntos y tiempos; hay anticuarios, gaceteros y relacionarios, todos materiales y mecánicos, sin fondo de juicio ni altanería de ingenio (El Criticón, II, iv, 5-11).

El catedrático José Manuel García Leduc no es un historiador de ésos, sino un rememorador del alma de la historia: "la verdad de los hechos" (El Criticón, II, iv, 28).